

---

# LA CONCEPCIÓN TEOLÓGICA DE LA SALVACIÓN

*The Theological Conception of Salvation*

Ángel Cordovilla Pérez

Universidad Pontificia Comillas

acordovilla@comillas.edu; <https://orcid.org/0000-0001-9217-2587>

---

Recibido: 19 de diciembre de 2022

Aceptado: 2 de febrero de 2023

DOI: <https://doi.org/10.14422/ryf.vol287.i1461.y2023.007>

RESUMEN: Este artículo presenta los elementos fundamentales que ha de tener la concepción teológica de la salvación. Siendo conscientes de las dificultades del discurso teológico de la salvación, este ha de estar anclado en la comprensión del hombre como ser de necesidad, de deseo y de gracia. La comprensión cristiana de la salvación parte del movimiento de Dios viniendo a la historia para conducir al ser humano y toda la creación a la comunión con él. En este proceso histórico que va desde la creación hasta la consumación han de ser integradas las diversas categorías que la teología ha usado para hablar de la salvación (divinización, justicia, admirable intercambio, sacrificio, satisfacción, redención, transfiguración, etc.).

PALABRAS CLAVE: designio divino, creación, encarnación, misterio pascual, consumación escatológica.

*ABSTRACT: This article offers a synthesis of the theological vision of salvation. Being aware of the difficulties of the theological discourse on salvation, it must be anchored in the understanding of man as a being of need, desire, and grace. The Christian understanding of salvation starts from the movement of God coming into history to lead man and all creation into communion with him. In this historical process that goes from creation to consummation, the various categories that theology has used to speak of salvation must be integrated (divinization, righteousness, admirable exchange, sacrifice, satisfaction, redemption, transfiguration, etc.).*

*KEYWORDS: divine plan, creation, incarnation, paschal mystery, eschatological consummation.*

## 1. CONSIDERACIONES PREVIAS

Pensar, reflexionar y hablar teológicamente de la salvación presupone, de alguna forma, participar de la experiencia de haber sido salvado, no de una forma plena y consumada, claro está, sino en su carácter incoado y sacramental. No se trata, por lo tanto, de hablar de una cuestión teórica más, sino de poner en evidencia una relación salvífica con la persona de Cristo que tiene la fuerza para liberarnos de cualquier situación negativa en la que podamos estar y a la vez conducirnos a aquella plenitud a la que por vocación divina hemos sido llamados. Si bien en toda reflexión teológica hay un inevitable componente de implicación personal, pues las preguntas que se plantea afectan a cuestiones fundamentales de la vida humana, la soteriología o la concepción teológica de la salvación no es pensar otra cosa que expresar la significación existencial y salvífica de las verdades de fe referidas a Dios, a Cristo y al hombre (creación); es hacer teología desde esa conciencia tan paulina de que ese a quien llamamos Cristo “me amó y se entregó por mí” (Gal 2,20).

El mensaje de salvación ofrecido por el cristianismo choca actualmente con dos grandes obstáculos en la mentalidad contemporánea. Al primero ya se refirió el teólogo jesuita francés Bernard Sesböüé como el “malestar contemporáneo” (Sesböüé, 2003, pp. 33-48). Este se cifraba fundamentalmente en la reducción del mensaje de la salvación a dos o tres categorías que remiten al mundo religioso y están fundamentalmente ligadas al valor salvífico de la muerte de Cristo (sacrificio, satisfacción, redención). El segundo tiene que ver con la percepción de que la salvación de la que habla hoy el cristianismo es algo así como “una oferta sin demanda” (Pröpper, 1988, p. 19). Da la impresión de que el hombre de hoy no necesita o al menos no quiere ser salvado, entendiendo esta salvación desde una perspectiva religiosa y cristiana. Como dice Thomas Ruster: “El mensaje cristiano de la redención no vive su mejor momento; de hecho, se ha convertido en “una oferta sin demanda”. Creer que Dios salva apenas aparece ya factible y casi ni se habla de ello” (Ruster, 2011, p. 222).

Este malestar por la salvación cristiana y su inanidad en la conciencia actual se juntan en esta afirmación del filósofo Arturo Leyte en una entrevista sobre la situación del ser humano y la sociedad en el tiempo de pandemia: “me preocupa ese significado ‘religioso’ del que en ocasiones se tiñe la ciencia, porque de ella se espera la salvación que la religión ya no garantiza. Eso significaría sustituir un despotismo por otro” (*La Razón*, 2020). Esta breve referencia a la religión y su función salvífica en un periódico cualquiera

muestra claramente el contexto en el que se encuentra la soteriología cristiana: una situación de extrema debilidad, pues ya no tiene capacidad de garantizar aquello que promete; una competencia desde otros ámbitos de la vida humana que ofrecen salvación, en este caso la ciencia; una última sospecha de despotismo sobre la religión que en su oferta salvífica estaría actuando de forma despótica coartando la libertad humana.

Con estas dificultades, la reflexión soteriológica actual se ha de elaborar desde la convicción de que la salvación se dice de muchas maneras, sin necesidad de encerrarse en unas determinadas categorías, especialmente en aquellas que al hombre de nuestros días le resulta difícil de comprender. Esto no significa que haya que rechazarlas sin más, sino más bien saberlas articular en un esquema orgánico, histórico y dinámico. La Sagrada Escritura y la tradición cristiana han ido ofreciéndonos una gran diversidad de categorías desde las que han comprendido y, a su vez, propuesto la salvación a las distintas generaciones. Así esta idea central es expresada en metáforas diversas que nacen de distintos paradigmas como, por ejemplo, entre otros, el de la medicina, entendiendo la salvación como salud para los enfermos (Ex 15,26, Lc 13,1-5, Jn 9); el del mundo social, interpretándola como liberación de los esclavos (Ex 13,17-14,31, Is 41, Gal 3,13, 4,5); el mundo fiscal, asemejándola al pago de una deuda (Mt 5,12, 18,23-35); el universo jurídico, al compararla con la declaración de inocencia en un proceso judicial (Col 2,14) o liberación del juicio futuro (1Ts 1,9-10, Jn 14-16); el personal comunicativo, al ser comprendida como un acto y proceso de reconciliación (2Cor 5,21-6,2, Ef 2,14-18); el universo ritual, entendiéndola como purificación y regeneración bautismal (Sal 51, Jer 2,22, 1Cor 6,11, Hch 22,16, 1Jn 1,7, Ap 7,14).

Aun siendo conscientes de que es legítimo optar por una de ellas e incluso crear alguna nueva (solidaridad, hospitalidad), nuestra propuesta es ofrecer un esquema que desarrollaremos más adelante en el que desde una perspectiva histórico-salvífica se pueden integrar muchas de las imágenes clásicas que pueden seguir siendo significativas para el hombre de hoy. Hoy es comprensible que pensemos la salvación en términos de salud, bienestar y felicidad. La teología no rechaza este punto de partida, más aún, ha estado siempre presente desde sus desarrollos bíblicos hasta hoy. No obstante, desde su comprensión del ser humano, de Dios y de Cristo, como veremos, ha de entender este término y esta realidad en toda su altura, anchura y profundidad. La palabra *salus* dice integralidad, plenitud, vida cabal y consumada, por lo que en su comprensión ha de integrarse la superación de situaciones negativas (redención, liberación, rescate, sanación), el logro de

los anhelos y deseos humanos radicales (justicia, sabiduría, belleza, verdad, bondad) y el estado de plenitud de una vida, con su entorno, consumadas (divinización, transfiguración, recapitulación).

## 2. EL ANCLAJE ANTROPOLÓGICO DE LA SALVACIÓN

El anuncio de la salvación cristiana y su comprensión teológica, en este sentido, ha de estar anclado antropológicamente, es decir, ha de mostrar que aquello que anuncia como salvación para el hombre viene a injertarse en el dinamismo fundamental de su naturaleza como ser de necesidad, de deseo y de gracia<sup>1</sup>. El ser humano es esencialmente una criatura enigmática y paradójica que se pregunta por el sentido de su existencia y el destino de su vida. Ambas preguntas, por el sentido y el destino, constituyen el punto de partida para todo discurso o doctrina sobre la salvación. El hombre es una criatura finita y contingente, frágil y vulnerable. Tanto en el orden de las realidades materiales, psíquicas, como espirituales. Pero no sólo necesita salvación desde la experiencia de contingencia, de finitud y de culpabilidad, sino como un ser de deseo y de plenitud, cuya consumación de ambos él no puede darse plenamente a sí mismo. Esa plenitud es una realidad que desea, pero que paradójicamente tiene que acoger y recibir como un regalo y un don, como una gracia, pues ese deseo no puede ser nunca plenamente satisfecho desde el dinamismo inmanente de la propia realidad creada.

El primer sustrato de la naturaleza humana le aboca al *orden o reino de la necesidad* desde el punto de vista de que el hombre es un ser finito y contingente. Esa finitud le pone en una situación de necesidad y vulnerabilidad que no puede olvidar. La historia humana es una continua lucha por superar y en el fondo querer desvincularse de esa naturaleza que le frena en sus impulsos hacia realidades mayores más allá de la esclavitud de tener que satisfacer las necesidades inmediatas. La religión y la fe muchas veces se han vinculado a esta urgencia de dar respuesta a estas necesidades y así la salvación se ha comprendido habitualmente como la manera de superar estas

---

<sup>1</sup> Así lo ha expresado la carta *Placuit Deo* cuando sitúa el mensaje de la salvación en el carácter enigmático y paradójico del ser humano, situándose en una gran línea de pensamiento que integra a autores tan distintos como Sófocles, Agustín, Pascal, Lessing o Guardini, por citar solo algunos de los más representativos. "El hombre se percibe a sí mismo, directa o indirectamente, como un enigma: ¿Quién soy yo que existo, pero no tengo el mí el principio de mi existir?" (*Placuit Deo*, 2018, p. 5).

situaciones precarias y negativas para situarse en un lugar a salvo y seguro. Si el hambre y la sed son las necesidades que están en primer orden, la salvación será comprendida ante todo como pan que sacia y agua que calma y apaga la sed. Si es la esclavitud, sea de un poder externo y ajeno, o de un poder interior, la salvación será entendida ante todo como liberación. Si es la peste o una pandemia, la salvación será entendida como salud. Esta relación del ser humano con la necesidad puede ser entendida en una perspectiva externa o física y en una perspectiva interna y espiritual otorgando una comprensión de la salvación más física o espiritual, dependiendo de la realidad fundamental a la que haga referencia. Cristo y la salvación aparecen aquí ante todo como salud del enfermo; luz para el ciego; pan para el hambriento; pastor para el que está perdido; riqueza para el pobre; vida para los muertos.

Pero el ser humano no es solo necesidad, sino que ante todo es *un ser de deseo*. Hay en el hombre una tendencia a una realidad mayor, en el orden de la vida personal, que empuja toda su existencia hacia aquello que desea y busca, pero que paradójicamente no puede darse ni satisfacerse a sí mismo. Esta característica le hace ser un elemento constitutivo de la realidad humana en cuanto humana, yendo más allá de la necesidad que rige el reino biológico y animal. Todo lo que hay de más humano en el hombre está atravesado por la alteridad, es decir, por la presencia de otro, que precisamente en su distancia y diferencia me ayuda a construirme en mi propia identidad. En el ámbito del amor y las relaciones personales, así como en el orden de la trascendencia y de la relación con Dios, esta diferencia constitutiva es una ley fundamental (cf. Gesché, 2010, pp. 155-165). No respetarla, confundiendo lo que está en el orden del deseo diferido con la de la necesidad satisfecha, nos conduce a la anulación del misterio del encuentro personal en el amor (cosificación) o a la tergiversación de la realidad de Dios en un ídolo (idolatría). La salvación cristiana precisamente tiene en este orden del deseo su segundo anclaje fundamental. Pues ella no nos habla solo de las necesidades que imperiosamente tienen que ser satisfechas, sino de esas realidades del orden personal (amor, libertad, conciencia) que nos llevan a plenitud como seres humanos. En este sentido la teología y la espiritualidad cristiana han hablado de Cristo salvador como Amigo, Esposo, Amado.

Finalmente, hay un tercer elemento que a los seres humanos nos constituye, aunque no nos pertenece, y es el anhelo de una realidad radicalmente justa, buena, verdadera, bella, santa. El hombre es un *ser de gracia*. Es el anhelo de lo totalmente Otro, pero no porque esta sea una realidad que no nos afecta, sino porque no puede nacer de nuestra vida y de nuestra historia que es esencialmente finita, contingente y ambigua. Si pensamos en la justicia,

por ejemplo, podemos decir que en todo ser humano hay un anhelo de una justicia definitiva que no solo defienda a las víctimas de la historia humana y así haga triunfar el bien sobre el mal, desvelando la verdad y denunciando la mentira de tantos sistemas y estructuras humanas, sino que incluso sea capaz de transformar la realidad injusta y pecaminosa en santa. El don divino no solo pone las cosas en su sitio recompensando a los buenos y castigando a los malos, sino que tiene la capacidad para hacer buenos y santos a quienes no lo son. Aquí la salvación se entiende como algo que excede totalmente al ser humano, siendo una realidad anhelada por el hombre, pero dada única y exclusivamente por Dios. En este orden, la dimensión teológica y gratuita de la salvación aparecen fuertemente subrayadas. Aquí Cristo es contemplado como Dios en persona y quien realiza en nosotros la obra de la salvación como divinización que excede totalmente nuestra realidad natural.

### 3. ¿QUÉ ENTIENDE EL CRISTIANISMO POR LA SALVACIÓN?

La salvación es el proceso iniciado por Dios viniendo al hombre en la historia para conducirlo y llevarlo a su plenitud de vida en la comunión con él. La salvación vista desde Dios es un proyecto, un deseo, un designio original, pensado y previsto de antemano por él que, con toda la decisión de su voluntad, quiere llevarlo a cabo por medio de su Hijo y de su Espíritu (cf. Ef 1,3-14). Este proceso histórico, que nace en Dios y a Dios vuelve, es lo que constituye la doctrina cristiana sobre la salvación. En esta definición aparecen tres protagonistas esenciales (Dios, hombre y Cristo) en una historia común, cuya relación mutua se realiza en un doble movimiento (descendente y ascendente) donde Dios siempre tiene la iniciativa y es la condición de posibilidad de la acción responsorial del hombre. Esta historia se despliega finalmente en un ritmo trinitario, en donde queda incluido todo el camino de la salvación y las diversas categorías que a lo largo de la historia de la teología se han utilizado para hablar de la salvación como, por ejemplo, *paideia*, divinización, iluminación, justicia, liberación, admirable intercambio, expiación, satisfacción, rescate y victoria, reconciliación, glorificación, recapitulación, comunión... Cualquiera de estas categorías que la teología ha utilizado para hablar de la salvación no puede absolutizarse, sino que ha de comprenderse desde este marco global de significación que es la entera historia de la salvación y en relación con el resto de las imágenes y conceptos. En este amplio horizonte no cabe duda de que el centro de la experiencia cristiana ha sido el *pro nobis* cristológico (Mc 10,45) que nos revela el *Deus pro nobis* teológico (Rom 8,31) como quicio de nuestra salvación. Desde

aquí, la experiencia cristiana ha vuelto su mirada sobre la creación y ha redefinido su origen como una "pre-destinación" a ser imágenes de su Hijo (Rom 8,29) antes de la creación del mundo (Ef 1,3) y ha descifrado su futuro como glorificación (Rom 8,30), recapitulación de todas las cosas en él (Ef 1,10).

Veamos ahora brevemente este proceso con las categorías soteriológicas vinculadas a cada etapa:

- a) El primer momento de la salvación es la creación. No porque en ella se dé ya la salvación, sino porque hay que conectar la salvación con el proyecto original de Dios sobre la creación, tal como es expresado en Ef 1,3-14. Él ha querido salir de su espacio vital (comunión) para comunicar su vida a la criatura, a lo que no es Dios. Como repite tantas veces Ireneo de Lyon, él no ha creado al hombre porque necesita a alguien que lo glorifique, sino para poder depositar en él sus beneficios, su amor. La afirmación fundamental es que el hombre ha sido creado a imagen de Dios o, mejor dicho, a imagen de la verdadera imagen de Dios que es Cristo. La creación está esencialmente abierta a la salvación entendida como filiación. La historia es el proceso pedagógico conducido por Dios mediante el cual el hombre puede pasar de la imagen hasta la plena semejanza con Dios. Su guía y pedagogo es Cristo, como ejemplo exterior y maestro interior. Desde aquí tiene que ser entendida la imagen clásica de la teología de los Padres, aunque poco conocida, de la *paideia*. Para ellos la Escritura, contemplada en su totalidad, da testimonio del designio salvífico realizado por Dios a lo largo del tiempo. En él y a través de una lenta maduración Dios mismo conduce al hombre al destino y a la vocación para la que había sido creado. De niño y de infante lo cría y educa hasta conducirlo a la "estatura propia de la plena madurez de Cristo" (Ef 4,13).
- b) El segundo momento es la encarnación. Aunque ésta supone una auténtica novedad en la historia de los hombres y en relación con la creación, hay que comprenderla en analogía con ella. Si Dios ha creado al hombre para comunicarle su vida, podemos pensar que lo ha hecho de tal manera que cuando aparece la Vida de Dios en persona, el hombre puede reconocerla como su realidad más personal y el destino para el que había sido creado. La encarnación por sí misma ya es salvífica, pues en ella se ha producido la *divinización* del hombre (Jn 1,1-14), se ha revelado la *justicia de Dios* en misericordia y fidelidad (Lc 1,46-55; 1,68-79), y con ella ha nacido el sol que nace de lo alto *iluminando* a los que viven en tinieblas y en sombras de muerte (Lc 2,29-32). En este horizonte

la teología patrística formuló la expresión clásica de la soteriología de que "Dios se ha hecho hombre para que el hombre pueda llegar a ser Dios". Esta imagen no señala tanto el lugar desde el que somos salvados, rescatados y liberados (el aspecto negativo de la salvación), sino el destino y el objetivo último de la salvación, el lugar al que somos incorporados: la comunión con la vida divina y la participación en el ser mismo de Dios (su elemento positivo). La teología actual ha profundizado en esta perspectiva al considerar que la encarnación no tiene solo un sentido metafísico, sino histórico, político y social, pues el Hijo de Dios se ha encarnado en una humilde muchacha de Nazaret, representante de los pobres de Yahvé, desde donde debemos comprender la misericordia y la fidelidad de Dios, así como su justicia. De aquí han nacido las categorías modernas como la de liberación y solidaridad que han puesto de relieve la dimensión salvífica de la vida histórica de Jesús y su anuncio del Reino (soteriología escatológica).

- c) La encarnación apunta a la muerte en la cruz. Nada más lejos de la verdadera teología cristiana que contraponer un cristianismo encarnado a un cristianismo crucificado (Henri de Lubac). La muerte de Cristo, siempre a la luz de su resurrección, se ha convertido en el lugar central de la comprensión de la salvación (soteriología estauroológica). Desde aquí se ha entendido la salvación como *admirable intercambio*, en el que Cristo asume el lugar que correspondería a los pecadores, la maldición y el castigo, para que los hombres puedan acceder a la bendición y la justicia de Dios (Gal 3,13-15, 2Cor 5,21). Este cambio de puestos se ha producido por medio del *sacrificio* de Cristo, convertido en el Siervo y el Esclavo (1Pe 2,21-25), para que los hombres puedan volver a ser hijos de Dios (Gal 4,4-6) y amigos de Cristo (Jn 15,15). Esta acción ha sido realizada, finalmente, en *representación* nuestra y en nuestro lugar (Rom 3,21-25); no para sustituirnos en lo que nosotros tenemos que hacer para que se cumpla la plena reconciliación con Dios y restablecimiento de la Alianza, sino para incorporarnos libremente a él, haciendo nuestra la acción suya. Si las anteriores imágenes fueron usadas ante todo en la patrística y recuperadas en una cierta teología moderna y contemporánea, estas también tienen su arraigo en la patrística (Gregorio de Nisa), han sido centrales en el Medioevo (Anselmo, Tomás de Aquino), y han sido muy desarrolladas por la teología moderna (Lutero) y contemporánea (Barth, Balthasar, Schwager, Jüngel).
- d) La muerte de Cristo es salvífica porque está iluminada y transformada desde la resurrección. A la vida de Cristo vivida en obediencia filial al Padre y en solidaridad hasta el extremo por sus hermanos, le ha



respondido el Padre resucitándolo de entre los muertos, engendrándolo a la vida definitiva (cf. Hch 13,33) por la fuerza del Espíritu (Rom 1,1-3). La redención realizada en Cristo acontece realmente en la *victoria* de su resurrección (soteriología pneumatológica). Desde aquí hemos podido comprobar que él ha derrotado definitivamente al poder del mal en su última raíz. Él ha descendido a lo más profundo (*ad inferos*) para hacer cautivo a quien tenía cautivos a los hombres, para *rescatar* a los que desde hace tiempo esperaban su redención, alcanzando a todos aquellos que se sentían olvidados y abandonados (*solidaridad*). Como Resucitado nos ha enviado su Espíritu para que obre en nosotros la salvación incorporando los gemidos de la creación y los gritos de liberación que se escuchan en la historia (Rm 8,18-28). Este Espíritu del Señor resucitado nos otorga la paz, haciendo posible que en una humanidad dividida en dos sea posible un pueblo unido y reconciliado (Ef 2,13-19).

- e) La resurrección del Señor es anticipo de la consumación escatológica. La victoria ha sido definitiva, pero sus efectos todavía están pendientes. Podemos vivir ya en este nuevo tiempo escatológico la novedad de la vida en Cristo, mientras aguardamos y aceleramos con nuestra vida y nuestras acciones la *recapitulación* en Cristo de todo el universo (Ef 1,1-23). Es aquí cuando se dará la restauración universal, la llegada a la meta que había sido prevista por Dios (*predestinación*). Después de la entronización de Cristo como Rey y Señor del universo, y como Alfa y Omega de la historia (Ap 4,11; 5,9.10.12; 11,17-18; 12,10b-12a; 15,3-4; 19,1-7), la salvación toma ya la forma de *comuni3n definitiva*. La creaci3n entera alcanza así el 3nico destino para el que había sido creada y así Dios será todo en todos (1Cor 15,28).

#### 4. DIOS, HOMBRE Y CRISTO

La salvaci3n es una realidad transversal de la teología cristiana. No se refiere a un aspecto concreto y determinado de la teología, sino a toda ella, desde el punto de vista de su relaci3n salvífica con y por nosotros. Desde este punto de vista presupone una comprensi3n de Dios, del hombre y todo lo que su realidad comporta y Cristo en su relaci3n con el Espíritu y la Iglesia. Cualquier comprensi3n de la salvaci3n deberá tener en cuenta estos tres protagonistas que entran en juego: Dios, Cristo-Espíritu, hombres. Sin ellos no hay salvaci3n. Cada uno tendrá su lugar y su papel, pero la salvaci3n se produce cuando los tres protagonistas con su libertad entran en juego. Unos

protagonistas que no pueden ser entendidos de forma aislada y autónoma, sino en relación y en su referencia mutua.

Así el Dios desde el que el cristianismo piensa la salvación cristiana es el *Dios de los hombres*. No es cualquier "dios" desde el que la teología cristiana habla de la salvación. Esto ya implica que Dios tiene que ser comprendido como aquel que en su ser más profundo y radical es un *Deus capax hominis*, es decir, un Dios que es relación, comunión y vida en sí mismo, es decir, un Dios trinitario, capaz no sólo de iniciar una historia de libertad con el hombre, sino de fundar esa historia, de hacer que esa historia sea considerada como la misma historia de Dios, es decir, como el lugar de revelación y salvación de Dios haciéndose historia. Él es la condición de posibilidad última y radical de la historia, de que haya historia como historia una e historia de salvación. La comprensión trinitaria de Dios hace posible afirmar que la posibilidad más radical de Dios no es crear, es decir, poner lo distinto de él, fuera de él; sino poner esta realidad distinta de Dios como la gramática y la destinataria de su futura autocomunicación, llamada a la comunión con él (Rahner, 2005, pp. 315-320). Por esta razón no es exagerado afirmar que "un concepto de Dios compatible con una valoración positiva del mundo solo puede ser trinitario" (Balthasar, 1974, p. 108) porque "es un bien absoluto que el otro exista", ya sea para pensar la relación entre el Padre y el Hijo en el seno trinitario, como la relación entre Dios y el mundo en el ámbito de la creación y revelación (Balthasar, 1983, p. 71).

En segundo lugar, debemos tener en cuenta al destinatario de la acción divina: *el ser humano*. Pero no es cualquier comprensión del hombre del que habla la teología cristiana, sino de un hombre que es comprendido como un ser abierto y en relación constitutivas, donde la historicidad es un elemento esencial de su naturaleza, porque es una naturaleza creada (gracia y don) llamada a ser colmada por la gracia de Cristo. Si el Dios que entra y surca la historia para ser la salvación del hombre lo hemos descrito como aquel que es capaz de hacerse hombre (*Deus capax hominis*), el hombre puede ser comprendido como aquel que es capaz de acoger la vida de Dios (*homo capax Dei*). Un hombre que ha sido creado para compartir la vida divina y cuya única vocación es esta participación de la vida de Dios (*Gaudium et spes*, n. 22). Todo lo que no llegue aquí, se quedará corto en el destino para el que el hombre ha sido creado. Como afirma Adolphe Gesché, citando a Andrei Tarkosky, en sus tópicos sobre la salvación, ésta depende de la imagen que tengamos del ser humano. Para ello es decisivo que cada uno se haga una idea de lo que quiere llegar a ser y después atenerse a ello (Gesché, 2001, pp. 70-72). En este sentido el cristianismo aspira a máximos, a un

exceso, pues su finalización sólo puede estar en Dios. La única salvación digna para el hombre es aquella realidad que al hombre no le haga de menos. La imagen y comprensión de la salvación ha de estar a la altura de su vocación y su dignidad. Hoy se ha ampliado la comprensión de esta salvación hacia los animales y la creación, pero teológicamente hablando, hay que decir que según la teología cristiana ambas realidades como destinatarios de la salvación están referidas necesariamente a la mediación antropológica, no separadas de ella y nunca contra ella (cf. Rom 8,19-28).

El tercer protagonista en juego es *Cristo* en su constitución personal y en su misión salvífica. Cristo que en su persona es plena y verdaderamente Dios y plena y verdaderamente hombre. Cristo es la salvación y el salvador porque une en su persona a Dios y al hombre. La cristología de los Padres de la Iglesia ha tenido que defender, por un lado, la plena humanidad de Cristo, llegando a afirmar uno de sus principios soteriológicos fundamentales de que lo que no se asume no puede ser salvado<sup>2</sup>; y, por otro lado, la plena divinidad de su condición divina, para así garantizar el principio fundamental de la salvación como admirable intercambio: Dios se ha hecho hombre para que el hombre pueda llegar a ser Dios<sup>3</sup>. Cristo es el Salvador tanto por lo que hace como por lo que es. Persona y misión, en su caso, son idénticas y no podemos comprender su misión sin hacer referencia a su ser (Hijo), ni comprender su identidad última desvinculándola de su misión (Mesías-Cristo). La mediación de Cristo es inútil sin la acción anamnética del Espíritu que actualiza recreando en la historia personal del hombre el encuentro con Cristo. Él lleva adelante el camino de la salvación perfeccionando la realidad creada y conduciéndola a su consumación. Unida a Cristo por el Espíritu está la Iglesia como sacramento universal de salvación y expresando el carácter esencialmente social de la salvación, como puso de relieve Henri de Lubac en su obra *Catolicismo* (1938) y recogiera después el Concilio Vaticano II en su Constitución doctrinal sobre la Iglesia (*Lumen gentium*, n. 11).

---

<sup>2</sup> Esta es una expresión cuyo sentido general podemos encontrar en Padres como Ireneo de Lyon y Tertuliano en el siglo II en su lucha contra el gnosticismo y el docetismo; en su formulación precisa, ya en contexto antiarriano y antiapolinarista, es de Gregorio Nacianceno, *Epist.* 101,7,32. Finalmente, esta fórmula tiene éxito en la lucha de Máximo el Confesor frente al monoteletismo (Grillmeier, 1963, pp. 954-956).

<sup>3</sup> Nuevamente esta idea podemos encontrarla en Ireneo (*Adversus Haereses* III,19,1) y en otros Padres de la Iglesia como Cipriano, Hilario, Gregorio Nacianceno, Agustín, Cirilo de Alejandría... La formulación concisa que hemos citado es de Atanasio de Alejandría. (1989). *La encarnación del verbo*, p. 139.

Estos tres protagonistas son esenciales para entender el acontecimiento de la salvación. Pero no se sitúan en él de una forma equivalente. La salvación acontece en un doble movimiento de Dios hacia el hombre y del hombre hacia Dios. Como mediador entre ambos está Cristo, ya sea contemplado como Dios en persona ofreciendo la salvación a los hombres o como representante de los hombres que responden acogiendo la salvación de Dios. La salvación puede ser pensada en cualquiera dirección de este doble movimiento, pues ambos son necesarios para que se realice el acontecimiento salvífico. Si el primer milenio de la Iglesia subrayó el primero, el segundo milenio, el segundo. Después de un milenio de insistencia en la dimensión ascendente y antropológica, la teología se ha visto en la necesidad de subrayar la dimensión descendente y teológica. No obstante, esto no nos puede hacer olvidar la importancia de ambas dimensiones, donde la descendente es el fundamento de la ascendente. Lo importante de la salvación es lo que Dios hace y ha hecho por nosotros, donde se incluye también lo que nosotros debemos hacer por él (en realidad por nosotros mismos) para acoger la salvación que se nos ofrece e incorporarnos personal y libremente a ella.

## 5. LA PREGUNTA POR LA SALVACIÓN

La teología de la salvación ha surgido y se ha desarrollado a lo largo de la historia a través de una pregunta. La clásica y más conocida fue la que formuló el monje benedictino Anselmo de Canterbury en el siglo *x*, *Cur Deus homo* (¿Por qué Dios se ha hecho hombre?), aun cuando esta pregunta ya se la había hecho antes la teología. Con él se considera que comienza la historia de la soteriología, como forma explícita y sistemática de comprender la salvación. En realidad, esta pregunta se ha ido configurando de forma diversa a lo largo de la historia. En los Evangelios, por ejemplo, nos encontramos con distintas preguntas que le hacen a Jesús en torno a la salvación; así por ejemplo en el evangelio de Lucas un escriba preocupado por la salvación como una cuestión de vida o muerte le pregunta a Jesús: “¿Serán muchos lo que se salven?” (Lc 13,22). Ya en los siglos *ii* y *iii* la pregunta cambia hacia el problema de la universalidad y la mediación de Cristo al plantearse la cuestión de “por qué Cristo vino tan tarde”. La patrística en el siglo *iv* ante el hecho admirable de la pasión de Cristo por nosotros se hace la pregunta de “por qué Cristo tuvo que pagar un precio tan caro”. Una pregunta que como ya hemos dicho se prolonga en el siglo *x* con la pregunta clásica de los motivos de la encarnación, vista ya desde una perspectiva nueva y diferente. Será Lutero en el inicio de la Edad Moderna quien desplace el sentido de la pregunta del

ser a la subjetividad, al preguntarse angustiado si “puedo encontrar un Dios benigno y misericordioso para mí”. El siglo xx, testigo de la tragedia de las dos grandes guerras, la experiencia de la Shoah y las injusticias estructurales que esclavizan a la mayoría de la población mundial, se pregunta sobrecogido cómo es posible hablar de Dios y de la salvación en un mundo radicalmente irredento. Hoy, basculamos de forma paradójica entre la experiencia radical de la finitud y mortalidad que nos hace plantear si la salvación entendida en sentido fuerte es posible; o si ya desde la atalaya conquistada por el *homo sapiens*, no estaremos vislumbrando el siguiente paso en la evolución hacia el *homo Deus* (Yuval Harari).

Una cosa es clara. La pregunta clásica de la soteriología hoy ha perdido actualidad o se ha vuelto enormemente problemática, ya que, por un lado, la encarnación de Dios ha sido convertida en un mito o un símbolo de su amor y, por otro, parece, como ya hemos dicho, que el hombre contemporáneo no siente inmediatamente la necesidad de ser salvado, al menos en esta perspectiva cristiana y religiosa. Sin embargo, si estamos atentos al lenguaje de los hombres, podemos percibir que no se ha apagado el *anhelo* o la *pregunta* por la salvación entendida como la seguridad definitiva, la felicidad plena, el sentido último y el destino consumado de la vida humana, del hombre y de todos los hombres, de toda la realidad creada. Porque si esta pregunta no se diera, el hombre habría dejado de ser realmente hombre. La pregunta por la salvación ya no reza *Cur Deus homo*, sino más bien *Cur homo Deus*. Es decir, ¿por qué el hombre quiere seguir siendo Dios?; ¿por qué juega a ser Dios? y, sobre todo, ¿por qué aspira a vivir cómo él? Este replanteamiento de la pregunta coincide, en el fondo, con el corazón del mensaje cristiano. Según el cristianismo el hombre ha sido creado por Dios para ser divinizado. Dios ha decidido libremente comunicarse fuera de sí mismo y dentro de esta voluntad originaria de auto-comunicación ha surgido el hombre como presupuesto y destinatario de esa comunicación de Dios. De tal forma que lo que el hombre es desde la mirada de la teología se decide desde la consideración del proyecto original de Dios (autodonación de Dios) y desde el destino último para el que el hombre ha sido creado (comunidad divina), es decir, desde la protología radical (origen en Dios) y la escatología última (destino en Dios). Lo que acontece entre este proyecto original de Dios y este destino último del hombre es lo que comúnmente denominamos *salvación*. Aquella realidad que sea menos o que esté por debajo de esa comunión con la vida de Dios, en gloria, plenitud, vida eterna, venciendo definitivamente el pecado, el mal, la fragilidad y la muerte, no es digna de ser considerada salvación.

Por esta razón, teológicamente hablando, hay que ser conscientes de que, para responder a la pregunta por la salvación, debemos contestar también a otras que están estrechamente ligadas a ella: ¿Qué es el hombre y qué es lo que necesita para llegar a la plenitud de aquello que está llamado a ser y que forma parte de su definición? ¿Necesita luz para ser libre y atreverse a pensar y a vivir por sí mismo de una manera autónoma? ¿Necesita implicarse activamente en un proceso liberador que destruya las estructuras que le oprimen y así crear espacios de verdadera libertad e igualdad? ¿Necesita una fuerza interior que, siéndole concedida gratuitamente, pero afinándose realmente en su corazón pueda superar el verdadero poder que lo esclaviza y atenaza como el pecado y la muerte? ¿Necesita a Dios en persona para llevar a una plenitud desbordante y sorprendente los anhelos y esperanzas que anidan en su corazón?

La respuesta es difícil de contestar, porque cada uno responderá según lo que entienda qué y quién es el hombre y quién es Dios. Ilustración, liberación, redención, sanación, justificación, divinización, comunión, recapitulación... todas ellas son categorías legítimas para hablar de lo que comúnmente denominamos 'salvación'. Ya san Pablo en la primera Carta a los Corintios para hablar de la nueva situación en la que los cristianos se encuentran al haber recibido el don de Dios por medio de Cristo comenta: "De Él os viene que seáis en Cristo Jesús, que ha venido a ser para vosotros de parte de Dios sabiduría, justicia, santificación y redención" (1Cor 1,30). Y es que la salvación, como Dios, Cristo, el hombre y el ser, se dice de muchas maneras. Cada generación, dependiendo de su propia comprensión del ser humano, de la imagen de Dios y del mundo, tenderá a privilegiar aquellas que se acercan a su cosmovisión, a dejar en la penumbra las que le parecen irrelevantes y arcaicas, representantes de etapas anteriores y, en fin, a rechazar aquellas otras que, por indignas tanto de la imagen de Dios como del hombre, merecen el destierro definitivo. A esta tarea de discernimiento cultural ha de contribuir la teología para asumir las preguntas legítimas, purificar las imágenes manchadas y provocar con su mensaje siempre nuevo. En esta tarea nos jugamos que el cristianismo siga apareciendo ante los hombres como religión de salvación.

## Referencias

- ATANASIO DE ALEJANDRÍA (1989), *La encarnación del Verbo*, Ciudad Nueva.
- BALTHASAR, H. U. VON (1974), "Anspruch der Katholizitäten", en *Pneuma und Institution*, 61-116, Johannes Verlag.
- BALTHASAR, H. U. VON (1983), *Theodramatik IV. Das Endspiel*, Johannes Verlag.
- CONCILIO VATICANO II (1964), *Lumen gentium*, Libreria Editrice Vaticana.
- CONCILIO VATICANO II (1965), *Gaudium et spes*, Libreria Editrice Vaticana.
- CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE (2018), *Placuit Deo. Algunos aspectos sobre la salvación cristiana*.
- CORDOVILLA, Á. (2021), *Teología de la salvación*, Sígueme.
- DE CANTERBURY, A. (2008), *Cur Deus homo*, 741-891, en *Obras completas*, vol. 1, BAC.
- GESCHÉ, A. (2001), *El destino*, Salamanca.
- GESCHÉ, A. (2010), "Sobre la idolatría siempre posible", en *Dios*, Sígueme.
- GRILLMEIER, A. (1963), "Quod non assumptum-non sanatum", en *Lexikon für Theologie und Kirche VIII*, 954-956, Herder.
- HARARI, Y. N. (2018), *Homo Deus. Breve historia del mañana*, Debate.
- JUSTO, E. J. (2017), *La salvación. Esbozo de Soteriología*, Sígueme.
- LUBAC, H. DE (1988), *Catolicismo. Aspectos sociales del dogma*, Encuentro.
- PRÖPPER, TH. (1988), *Erlösungsglaube und Freiheitgeschichte. Eine Skizze zur Soteriologie*, Kösel Verlag.
- RAHNER, K. (2005), "Zur Theologie der Menschwerdung", en RAHNER, K., *Sämtliche Werke 12. Menschsein und Menschwerdung Gottes*, 309-322, Herder.
- RUSTER, TH. (2011), *El Dios falsificado. La teología después de la ruptura entre cristianismo y religión*, Sígueme.
- SATLER, D. (2011), *Erlösung? Lehrbuch der Soteriologie*, Herder.
- SESBOUÉ, B. (2003), *Jésus-Christ l'unique médiateur*, Desclée de Brouwer.
- TORRELL, J.-P. (2014), *Pour nous les hommes et pour notre salut. Jésus notre Rédemption*, Cerf.

